

PUEDES ENTERRAR LA NOTICIA,
PERO NUNCA PODRÁS OCULTAR LA VERDAD

FIONA BARTON

LA
MADRE

FIONA BARTON

LA MADRE

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Título original: *The Child*

© Fiona Barton, 2017

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19346-3

Depósito legal: B. 18.378-2018

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Martes, 20 de marzo de 2012

Emma

El ordenador parpadea cuando me siento frente a la pantalla, es como si notara mi presencia. Un toque en el teclado y aparece una fotografía de Paul, la que le tomé durante la noche de bodas en Roma. Me mira, embelesado, desde el otro lado de la mesa que compartimos en Campo de' Fiori. Al verla, intento corresponder a su sonrisa, pero cuando me inclino hacia delante vislumbro mi propio reflejo en la pantalla y me detengo. Odio verme de improviso. A veces ni siquiera me reconozco. Crees saber qué aspecto tienes y de repente te encuentras a esa desconocida mirándote fijamente. A veces incluso me asusto.

Sin embargo, hoy me decido a analizar el rostro de esa desconocida. El pelo castaño, recogido en lo alto de

la cabeza con un moño apresurado; nada de maquillaje en la piel; sombras y arrugas que se acercan a los ojos como las grietas que dan fe de un hundimiento.

—Dios, qué mal aspecto tienes —le digo a la mujer de la pantalla.

El movimiento de su boca me fascina, me hipnotiza, y me las arreglo para que siga hablando.

—Vamos, Emma, a ver si haces algo de una vez —me dice.

Le dedico una leve sonrisa y esta vez me corresponde.

—Menudo disparate —dice usando mi voz. Y paro.

«Menos mal que Paul no estaba aquí para verlo», pienso.

Cuando Paul vuelva a casa esta noche, llegará cansado y algo gruñón. Se habrá pasado el día entero sopor-tando tonterías de universitarios y habrá discutido una vez más con el jefe del departamento por culpa de los horarios.

Tal vez sea cosa de la edad, pero me parece que últimamente a Paul le afectan bastante los problemas en el trabajo. Creo que empieza a dudar de sí mismo y ve amenazas a su puesto por todas partes. Y es que realmente los departamentos universitarios son como las manadas de leones: un montón de machos sacando pecho, revolcándose por el suelo y paseándose con aires de grandeza para demostrar su superioridad, exhibiendo los espolones de las patas. Yo intento animarlo diciéndole lo que se dice en estos casos y le preparo un *gin-tonic*.

Cuando aparto su maletín del sofá, veo que ha traído a casa un ejemplar del *Evening Standard*. Debe de haberlo recogido en el metro.

Me siento a leerlo mientras él se desprende de las preocupaciones del día bajo la ducha, y es entonces cuando veo el párrafo del bebé.

«Encontrados los restos de un bebé», reza el titular. No son más que unas líneas que cuentan que se ha descubierto el esqueleto de un bebé en una zona de obras de Woolwich y que la policía está investigando el caso. Leo la misma noticia una y otra vez. No termino de asumirla, es como si la estuviera leyendo en un idioma extranjero.

Sin embargo, comprendo la información y el pánico empieza a apoderarse de mí. Me arrebató el aire de los pulmones y me cuesta respirar.

Sigo sentada en el mismo sitio cuando Paul sale de la ducha, empapado y con la cara enrojecida, gritando que algo se quema.

Las costillas de cerdo han quedado negras, calcinadas. Las tiro a la basura y abro la ventana para que salga el humo que se ha acumulado en la cocina. Saco una pizza del congelador y la meto en el microondas mientras Paul se sienta a la mesa en silencio.

—Deberíamos instalar una alarma de humo —comenta, en lugar de pegarme bronca por haber estado a punto de provocar un incendio en casa—. Es normal que se te olviden las cosas mientras lees —me dice. Es encantador, no me lo merezco.

De pie frente al microondas, observo cómo la pizza gira y borbotea, y me pregunto por millonésima vez si me acabará dejando. Debería haberlo hecho hace años. Yo en su lugar lo habría hecho, si hubiera tenido que soportar lo que me ocurre, lo que me preocupa, día tras día. Él, en cambio, no da muestras de estar preparando las maletas, precisamente, sino que revolotea a mi alrededor como un padre abnegado para protegerme ante cualquier mal. Encuentra las palabras justas para calmarme cuando me exalto e inventa lo que sea para levantarme el ánimo cuando más lo necesito, me abraza para consolarme cuando lloro y me dice que soy una mujer inteligente, divertida y maravillosa.

—Si te comportas de este modo es por culpa de la enfermedad —suele decirme—. Tú no eres así.

Pero la verdad es que sí que lo soy. Lo que ocurre es que en realidad no me conoce. Me he asegurado de que así sea, y él respeta mi intimidad cada vez que evito hablar de mi pasado.

—No tienes por qué contármelo —me dice—. Te amo tal como eres.

Cuando finge que no soy una carga para él, le digo que es un santo y él suele hacerme callar.

—No es nada —me dice.

De acuerdo, no es ningún santo, pero ¿quién lo es? Sea como sea, asumo los pecados que él pueda haber cometido como propios. ¿No es eso lo que dicen las parejas mayores? Lo que es tuyo es mío. Aunque en nuestro caso, mis pecados... Bueno, mis pecados son sólo míos.

—¿Tú no cenas, Em? —me pregunta cuando le pongo el plato en la mesa.

—He comido tarde por culpa del trabajo. Ahora mismo no tengo hambre, ya comeré algo dentro de un rato —miento. Estoy segura de que se me atragantaría hasta el más mínimo bocado.

Le dedico la más amplia de mis sonrisas, la que reservo para las fotos.

—Estoy bien, Paul. Vamos, come tranquilo.

En mi lado de la mesa no hay más que una copa de vino. Voy tomando sorbitos mientras finjo escuchar lo que me cuenta sobre cómo le ha ido el día. El tono de su voz sube y baja, hace una pausa para masticar la bazofia que le he servido y reanuda el relato.

Yo asiento de vez en cuando, pero no oigo nada. Me pregunto si Jude habrá leído el artículo.

CAPÍTULO 2

Martes, 20 de marzo de 2012

Kate

Kate Waters se aburría. Normalmente no habría asociado esa palabra a su trabajo, pero ese día no había tenido más remedio que quedarse en la oficina bajo la atenta mirada de su jefe y lo único que podía hacer era revisar borradores.

—Necesito el hechizo de tu teclado —le había gritado Terry, el jefe de redacción, blandiendo hacia ella un artículo que otra persona había escrito con los pies—. A ver si puedes mejorarlo con tus poderes mágicos.

Y en eso estaba.

—Esto es un infierno —se quejó Kate al de sucesos, que estaba sentado delante de ella—. Los mismos churros de siempre con algún adorno distinto. ¿Con qué estás tú ahora?

Gordon Willis levantó la cabeza de un periódico y se encogió de hombros. El redactor jefe siempre se refería a él por su cargo («Que se ocupe de esto el de sucesos...»).

—Esta tarde tengo que ir al juzgado de Old Bailey. Quiero charlar con el inspector jefe sobre el asesinato de la ballesta. Todavía no tengo nada, pero espero poder hablar con la hermana de la víctima cuando acabe la sesión. Al parecer, se acostaba con el asesino. Podría salir un buen titular, de varias columnas: «La esposa, la cuñada y el asesino al que las dos amaban» —enunció con una sonrisa—. ¿Por qué? ¿Qué te ha tocado a ti?

—Nada. Remendar un artículo que ha perpetrado uno de los esclavos digitales —dijo Kate, señalando con la mirada a una ninfa adolescente que estaba tecleando frenéticamente en una mesa al otro lado de la sala—. Creo que acaba de salir del instituto.

Ella misma se dio cuenta de lo amargado y rancio que había sonado el comentario y decidió cortarlo por lo sano. El tsunami de noticias de la edición digital la había relegado a una orilla lejana, igual que a todos los que eran como ella. Los periodistas que en otros tiempos habrían ocupado los mejores puestos (el equivalente a un podio olímpico en un periódico) habían pasado a ocupar las mesas más periféricas de la redacción, desplazados hacia la salida por los operativos de la edición digital, cada vez más numerosos y dedicados a escribir las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, para alimentar la demanda continua de noticias.

En la fiesta de Navidad, el redactor jefe ya les había pegado un sermón sobre los nuevos medios de comunicación: que habían dejado de ser nuevos y se habían convertido en la regla, que eran el futuro. Y Kate sabía que tenía que dejar de quejarse de ese tipo de cosas.

Es difícil, se decía a sí misma, cuando los artículos más vistos de la web son los que plantean si a Madonna se le marcan demasiado las venas de las manos o si la estrella del culebrón de turno ha ganado peso. Rajar sobre famosos y disfrazarlo de noticia era realmente horroroso.

—En cualquier caso —dijo en voz alta—, nada que no pueda esperar. Salgo a buscar unos cafés.

También habían quedado atrás los días de la RR, la Rápida de la Reunión, cuando los periodistas de Fleet Street aprovechaban para salir a tomar una copa rápida en algún pub cercano mientras la ejecutiva se reunía con el director por la mañana. Según la tradición, después de una RR venían las acaloradas discusiones con el redactor jefe. Cuenta la leyenda que, al término de una de esas discusiones, un periodista que iba demasiado borracho para tenerse en pie le mordió un tobillo a su jefe y que otro llegó a lanzar una máquina de escribir a la calle por una ventana.

Con el paso del tiempo, la redacción de informativos se había trasladado a unas oficinas situadas sobre un centro comercial, con ventanas herméticas de cristal doble, donde el consumo de alcohol estaba terminantemente prohibido. El café se había convertido en la adicción más habitual.

—¿Qué te apetece? —preguntó Kate.

—Un *macchiato* doble con sirope de avellana, por favor —pidió Gordon—. O cualquier otro líquido de color marrón. Lo que encuentres primero.

Kate tomó el ascensor para bajar y pescó una primera edición del *Evening Standard* al pasar junto al mostrador de seguridad que presidía el vestíbulo de mármol. Mientras esperaba a que el camarero obrara su magia con la cafetera, echó un vistazo a las páginas, buscando firmas de amigos.

Casi todo el periódico estaba dedicado a los preparativos de los Juegos Olímpicos de Londres, por lo que estuvo a punto de pasar por alto un párrafo del fondo de la sección de Breves.

Bajo el titular «Encontrados los restos de un bebé», dos frases contaban que se había descubierto el esqueleto de un bebé durante unos trabajos de derribo en una obra de Woolwich, bastante cerca de donde vivía Kate, al este de Londres. La policía estaba investigando el caso, pero no había más detalles. Arrancó la noticia para echarle un vistazo más tarde. Llevaba el fondo del bolso forrado con recortes de periódico arrugados.

—Parece la jaula de una cotorra —le había dicho su hijo mayor, Jake, burlándose de ella por llevar todos aquellos recortes de papel pendientes de recibir un soplo de vida en cualquier instante. A veces eran noticias que creía dignas de investigar, aunque lo más frecuente era encontrar un titular o una cita que invitaban a preguntarse: «¿Dónde está la noticia?».

Kate volvió a leer aquellas treinta palabras y pensó en la persona que faltaba en la historia: la madre. Mientras volvía con los cafés, iba enumerando mentalmente las preguntas que se le ocurrían. «¿Quién era el bebé? ¿Cómo murió? ¿Quién sería capaz de enterrar a un bebé?»

—Pobre criatura —exclamó en voz alta. De repente le vinieron a la cabeza un montón de imágenes de sus propios hijos. Jake y Freddie habían nacido con dos años de diferencia y toda la familia los llamaba «los chicos». Los visualizó como bebés robustos, como chicos equipados para jugar al fútbol americano, como adolescentes gruñones y ya como adultos. Bueno, casi. Sonrió para sí misma. Kate recordaba el momento en que había visto a cada uno de sus hijos por primera vez: esos cuerpos enrojecidos, escurridizos, arrugados, con demasiada piel para tan poco cuerpo, mirándola entre parpadeo y parpadeo cuando los tenía en el pecho y le invadía la sensación de conocerlos desde siempre. ¿Qué motivo podía llevar a alguien a matar a un bebé?

Cuando volvió a la sala de redacción, dejó los cafés y se acercó al despacho del jefe.

—¿Te importa si me dedico a investigar esto? —preguntó mientras le mostraba el recorte. Terry intentaba descifrar la expresión de algún miembro de una familia real extranjera y ni siquiera levantó la cabeza, por lo que Kate asumió que no le importaría.

La primera llamada que hizo fue al despacho de prensa de Scotland Yard. Al principio de su carrera como periodista, cuando todavía era una aprendiz de un periódico local de East Anglia, solía presentarse cada día en comisaría para echarle un vistazo al registro de entradas mientras el sargento se la intentaba camelar. Ahora, en cambio, cuando llamaba a la policía casi nunca lograba hablar con un ser humano, y si lo conseguía, la experiencia solía durar poco tiempo.

—¿Ha oído la grabación? —preguntaba en esas ocasiones alguien del gabinete de prensa, sabiendo que la respuesta sería negativa. Entonces desviaban la llamada y lanzaban un mensaje enlatado que enumeraba hasta el último cortacésped robado y todas y cada una de las peleas que habían tenido lugar en los pubs de la zona durante los últimos días.

Sin embargo, esta vez le tocó el gordo. No sólo le pasaron con alguien de carne y hueso, sino que además lo conocía: al otro lado del teléfono sonó la voz de un antiguo compañero de trabajo del primer empleo que había tenido en un periódico nacional. Era como si un cazador furtivo se hubiera pasado al bando de los guardabosques, un tipo que desde hacía poco tiempo había optado por un mundo más seguro y, según decían algunos, más sensato: el de las relaciones públicas.

—Hola, Kate. ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo!

Enseguida notó que a Colin Stubbs le apetecía charlar. Había sido un buen periodista, pero su esposa, Sue, se había cansado de la turbulenta vida callejera que im-

plicaba el oficio y había acabado imponiendo su confinamiento en el hogar. Eso explicaba que Colin estuviera tan ansioso por conocer cualquier detalle sobre ese mundo al que se había visto obligado a renunciar. Preguntó por rumores que le habían llegado sobre otros periodistas y repitió una y otra vez que dejar el periodismo había sido lo mejor que había hecho hasta el momento.

—Genial, qué suerte la tuya —dijo Kate, decidida a mostrarse optimista a cualquier precio—. Yo aún estoy sudando tinta en el *Post*. Mira, Colin, en el *Standard* he leído que han encontrado el cadáver de un bebé en Woolwich. ¿Tú sabes cuánto tiempo llevaba allí?

—Ah, eso. Espera, voy a buscar los detalles del caso en el ordenador... Aquí está. No hay gran cosa, y lo poco que hay es bastante sórdido, la verdad. Un obrero estaba despejando un lugar que iban a derribar, movió un macetero enorme y debajo encontró ese esqueleto diminuto; parece que era de un recién nacido. Los forenses lo están analizando, aunque aquí pone que los primeros indicios apuntan a que llevaba allí mucho tiempo, que incluso podría tratarse de un vestigio histórico. Creo que es por la zona universitaria de Greenwich. ¿No es donde vivías tú?

—Bueno, en la orilla norte y más hacia el este, en Hackney. Sigo esperando que el tren de la gentrificación se detenga de una vez. ¿Algo más? ¿Tienen alguna pista sobre la identidad del bebé?

—No. Por lo que leo aquí, los recién nacidos presentan una dificultad añadida respecto a los análisis de

ADN, más aún si llevan tantos años enterrados. Además, se trata de una zona de pisos y habitaciones de alquiler, con nuevos inquilinos cada dos por tres, y el poli que se ocupa del caso no es muy optimista al respecto. Y, por si fuera poco, estamos todos hasta el cuello de trabajo con los Juegos Olímpicos.

—Sí, claro —dijo Kate—. El tema de la seguridad tiene que ser una verdadera pesadilla. He oído que tendrán que venir agentes de otros cuerpos para poder controlar el tema. Bueno, parece que esta historia del bebé es como buscar una aguja en un pajar. Oye, Colin, gracias, me alegro de que nos hayamos puesto al día. Dale recuerdos a Sue. ¿Me llamarás si en algún momento te enteras de algo más sobre este tema?

Kate Waters colgó el teléfono con una sonrisa en los labios. Le encantaban los casos que podían compararse con buscar una aguja en un pajar. Descubrir el destello minúsculo de un indicio entre la oscuridad, algo en lo que sumergirse a fondo, a lo que hincar el diente. Lo que fuera, con tal de salir del despacho.

Se puso el abrigo e inició el largo trayecto que la separaba del ascensor, aunque no llegó muy lejos.

—Kate, ¿vas a salir? —gritó Terry—. Antes de irte, ¿podrías ayudarme a resolver esto de la familia real noruega? Me están sangrando los ojos.